

IX CONCURSO DE RELATOS CORTOS “EUGENIO ASENSIO”

CURSO 2017-2018

SEGUNDO PREMIO

CATEGORÍA A

Irene Amez Fernández
Liceo Español Luis Buñuel
París, Francia

Dicen que todos renacemos cuando sufrimos una pérdida. Volvemos a florecer, como si nos hubiesen despertado de una pesadilla o incluso, como si hubiésemos estado en un trance indefinido del cual somos por fin capaces de salir. He aquí varios fragmentos del diario de una chica que sufrió, al fin y al cabo, lo que a todos nos ha tocado o nos tocará sufrir por ley de vida. Un dolor del cual pocos son capaces de escabullirse, un sufrimiento que aparece repentino como una tormenta de verano pero que nunca se llega a superar definitivamente, hasta que la muerte sea capaz de retenernos y consigamos olvidar todo.

Día 11/09:

No sé si voy a ser capaz de escribir sin llorar o tan siquiera de escribir. Procuraré describir hasta el mínimo detalle, pero después de lo ocurrido, lo dudo. Aun así, voy a intentarlo porque necesito desahogar el caos en el que se ha convertido mi vida desde que el martes la orientadora irrumpiese en clase, me nombrase y me acompañase a dirección donde se encontraba la directora acompañada de un oficial de policía y una médica (fui capaz de deducirlo gracias a su atuendo). Comencé a asustarme cuando el agente me dijo que debía mantener la calma mientras pudiese y que todo iba a salir bien. Nada más pronunciar estas palabras, empecé a llorar. Creo que porque esperaba que me dijese que mis padres estaban heridos o simplemente, para liberar el estrés contenido en mi diminuto cuerpo. Pero para nada esperaba que me dijese que mis padres habían muerto, así, sin más, por una sobredosis de heroína, supuestamente suicida. Ese fue el

dictamen de la autopsia. Se habían suicidado juntos, debajo de la buhardilla del salón, aproximadamente veinte minutos después de que me fuese al instituto.

En ese instante comenzó la tragedia. A partir de ahí, poco recuerdo. Recuerdo el shock inicial. Las expresiones de sus caras. Sus ropas. Su afán por intentar consolarme. Sus condolencias. Pero no recuerdo mi reacción. No sé si grité, si me desmayé o si dejé de respirar. Sólo recuerdo el roce de las lágrimas en mis mejillas. Su sabor salado. No recuerdo nada de mi cuerpo. Fue una mezcla entre lo racional e lo irracional. Cuando por fin conseguí salir de la conmoción me encontraba en la sala de profesores. No sé cómo logré llegar hasta ahí. Tenía a todos encima. Me sentí como una reliquia expuesta en un museo o como una rata en un laboratorio. Creo que conseguí quedarme dormida, con lágrimas secas en las mejillas y una pena que podría construir castillos.

Ahora mismo, una semana más tarde, soy capaz de afirmar que todo mi mundo se ha venido abajo.

Día 23/03:

Hace poco más de medio año que mis padres no son más que recuerdos. Hace seis meses que mi vida se vino debajo de la manera más repentina que nuestra mente pueda imaginar. Lo más duro de todo no ha sido el hecho de que ya no estén, sino el conseguir aceptarlo. Conseguir aceptar la frase "Mis padres están muertos". Conseguir decirla sin derrumbarte. Durante los primeros días e incluso las primeras semanas intentas que no sea cierto. Intentas engañarte con la falsa idea de que es solo una broma pesada. Pero no, cada vez que mencionas dicha frase el verdadero significado aparece, el verdadero dolor que implica su veracidad. Ahí me di cuenta del poder de las palabras. Ahora la tristeza se remplaza por el miedo. El miedo de olvidarlos. De olvidar como era su sonrisa, sus labios, sus ojos e incluso, el sonido de su risa durante las sesiones de chistes malos. Ahora es un miedo a no poder volver a ser como antes. A no poder superarlo. A no encajar mi nueva vida con la anterior. A derrumbarme como ya ha ocurrido numerosas

veces en las cuales he acabado en terapia por depresión. Pero el peor de todos los miedos es la incertidumbre de no saber el porqué del suicidio. ¿Acaso fue mi culpa? ¿Podría haber hecho yo algo? ¿Por qué no me di cuenta antes? ¿Hice algo mal? Ahora mi vida la forman mis tíos y mi amigo del psicólogo. A ellos debo mi mayor logro: el no haberme rendido a pesar de todo.

Día 04/08:

Llevo demasiado tiempo sin leer un buen libro. Necesito distracciones. Olvidar otra herida que va a causar graves consecuencias. El jueves pasado ocurrió la tragedia. Mi amigo murió. Lo encontraron con una herida en el cuello que causó su desangramiento. Estaba en el banco del jardín y con él había una imagen en la que aparecíamos los tres; su hermana, él y yo. Era mi foto preferida. Estaba sacada justo un día después de que lográsemos salir de rehabilitación. Su hermana aparecía cogida de su mano y se encontraba radiante. Él estaba sonriendo y su pelo color zanahoria resplandecía al sol. Era feliz, o por lo menos, lo aparentaba. Yo intentaba retener la risa después de la mueca que me había hecho. Detrás de la imagen había escrito un escueto "Lo siento" acompañado de dos corazones. No sé qué pensar. En menos de un año he perdido a mi familia y a mi mejor amigo. Sinceramente, no creí que llegaría tan lejos. Supuse que aguantaría. Durante los últimos meses nos habíamos hecho inseparables. Conocía su situación: sabía que estaba harto de la vida pero que aguantaba por su hermana y por mí. Estaba harto de las discusiones de sus padres, de la personalidad violenta de su padre, de ver sufrir a su madre y a su hermana. Pensé que lograría seguir adelante, pero por lo visto, no fue así. También pensé conocerlo bien. Pero me equivoqué. Cometí el mismo error que con mis padres, el error que tuvo consecuencias fatales para todos. Confié en que todo estaba bien. En que los problemas solo existen en las series y películas y que siempre se solucionan. En que nunca es demasiado tarde.

Día 08/11:

Quiero aguantar. Construir mi nueva vida otra vez, desde el principio. Hace hoy justo un año del suicidio de mis padres. Un año desde que el caos se convirtió en el protagonista de mi vida. Un año durante el cual no he hecho más que culparme de su muerte y más adelante, de la de mi mejor amigo. Ahora pienso en qué podría haber ocurrido si no se hubiesen suicidado. En cómo sería nuestra vida. ¿Seríamos felices? ¿Habría podido ser una mejor hija? ¿Hubiese estado más presente en sus vidas? Me arrepiento de que deba ser ahora cuando me doy cuenta de todo esto. Aun así, voy a continuar. Voy a intentar lograr mis objetivos manteniéndome en pie y si llego a caer, me levantaré, ocurra lo que ocurra. Me he prometido a mí misma, a mis difuntos padres y a mi querido mejor amigo que aguantaré. Llegaré donde ellos no han conseguido llegar. Lo haré por ellos y por demostrarme que puedo lograr lo que quiera. Demostrar a la vida que no me rendiré, que soy un fénix y que da igual cuantas veces acabe en el suelo que siempre conseguiré levantarme.